
CONSEJO DE REDACCIÓN

Lic. Luis Baliña, Arq. Alberto Bellucci, Lic. Ludovico Videla, P. Dr. Alberto Espezel, Prof. Rafael Sassot, Prof. Rebeca Obligado, Prof. Carlos Hoevel, Prof. Lucía Piossek Prebisch (Tucumán), Dr. Jorge Saltor (Tucumán), Prof. Julia Alessi de Nicolini (Tucumán), Prof. Cristina Corti Maderna, P. Lucio Florio (La Plata), Francisco Bastitta, Dr. M. France Begué, P. Dr. Jorge Scampini o.p.

COMITÉ DE REDACCIÓN

Prof. Carola Blaquier, Mons. Juan Carlos Maccarone, Mons. Eugenio Guasta, Mons. Dr. José Rovai (Córdoba), P. Dr. Miguel Barriola (Córdoba), Prof. Dr. Raúl Valdez, Carlos J. Guyot, P. Dr. C. Schickendantz (Córdoba).

*Director y editor responsable: P. Dr. Alberto Espezel
Secretaria de redacción: Prof. Cristina Corti Maderna*

COMMUNIO

	3	Editorial
<i>Silvia Manzo</i>	9	Ciencia y religión
<i>Jorge E. Saltor</i>	22	Análisis de una argumentación atea
<i>Wolfhart Pannenberg</i>	31	La pregunta por Dios creador y la cosmología más reciente
<i>Alejandro Clause</i>	45	Auto-organización
<i>Jacques Arnould o.p.</i>	53	Evolución y finalidad
<i>Xavier Tilliette</i>	71	Trinidad y Creación
<i>Lucio Florio</i>	86	Cerca de la materia pero también del espíritu
<i>Lucio Florio</i>	92	Breve muestrario de instituciones y publicaciones abocadas a la relación entre ciencia y fe

Análisis de una argumentación atea

Jorge E. Saltor

1. Tengo la pretensión de discutir el punto de vista de Norwood Russell Hanson sobre la cuestión del ateísmo. El último artículo suyo publicado en vida, antes de un lamentable accidente aéreo en abril de 1967, apareció en la revista católica *Continuum* y se titula "Lo que no creo". Tal artículo expone con notable sinceridad, pero también con una cierta ingenuidad sospechosa, lo que un ateo sostendría sobre la base de ciertas operaciones lógicas y epistemológicas y, además, sobre la base de un empirismo muy ortodoxo¹. Hanson, que enseñara en la Universidad de Yale, tiene una gran importancia en la historia de la epistemología del siglo XX, pues fue uno de los primeros en darse cuenta, sobre todo en su obra más conocida: *Patrones de descubrimiento*, pero también en el libro póstumo: *Constelaciones y conjeturas*, que la teoría de la ciencia no puede reducirse al análisis de las conexiones lógicas entre los enunciados legales, como tampoco a la enumeración de las condiciones en que una consecuencia observacional, o predicción, puede con justicia considerarse verificada; hay también aspectos psicológicos e históricos que deben ser tenidos en cuenta, en el descubrimiento de hipótesis y teorías, aspectos que sin duda enriquecen una visión integral de la ciencia e invalidan parcialmente algunos de los dogmas neopositivistas más sólidos, como el de la explicación.

¹ La traducción al castellano de este último artículo puede encontrarse en la compilación de Miguel Angel Quintanilla: *Filosofía de la ciencia y religión*, Salamanca, Sígueme, 1976, pp.27-51.

2. La teoría de Hanson, en el artículo “Lo que no creo”, se resume en esta afirmación lapidaria: “no hay razón suficiente para creer en la existencia de Dios”. Vamos a tratar de ver cuál es el alcance, el sentido y el grado de verdad de esta tesis. Pero no puede dejar de mencionarse la inmediata respuesta del teísta: “tampoco existe una prueba suficiente de la no-existencia de Dios”, con lo cual toda discusión al respecto cae en un pozo de tinieblas y desazón teórica del que muy difícilmente puede salirse.

La cuestión que primero debe plantearse, según me parece, es averiguar cuál es el contenido que Hanson atribuye al principio de *razón suficiente*. Si no me equivoco, él toma como *suficiente* una conclusión que se deriva necesariamente de las premisas, de modo tal que sólo en la lógica, en la matemática y en las explicaciones científicas que Hempel llama “nomológico deductivas” podrían encontrarse ejemplos satisfactorios de la vigencia de este principio. Quizás –aunque no estoy muy seguro- el único argumento teísta que transita esta estrecha interpretación del principio mencionado sea el denominado “ontológico”; y quizás el único argumento ateo que sigue la misma vía deductiva sea el popularizado por Pierre Bayle, con su afirmación sobre la incompatibilidad de la bondad y del poder de Dios con la fáctica comprobación de la existencia del mal en el mundo.

Pero me resulta sorprendente que Hanson no le haya dedicado a estas dos pruebas un análisis detallado. Apenas las menciona. Pero como pronto tendremos oportunidad de ver, su razonamiento ateo no se circunscribe a los límites lógicos del principio de razón suficiente, sino que toma el sesgo de un exagerado empirismo. Ya se sabe que tal principio es de una riqueza inabarcable. No sólo se lo puede aplicar en lógica, como hace Hanson, sino también en ontología, en semántica, en psicología, en moral etc. Recuérdese a este respecto la clásica obra de Schopenhauer: *De la cuádruple raíz del principio de razón suficiente*. Pero veamos dos ejemplos en los cuales se aplica el principio, pero que no son el fruto o resultado de un encadenamiento de premisas. Cuando digo: “basta que formule una proposición enunciativa para que ésta sea verdadera o falsa”, o cuando

afirmo el teorema indemostrable de Goldbach: “basta que sume dos números primos, con excepción del dos, para que obtenga un número par”, estoy dando ejemplos de enunciados en donde se patentiza una razón suficiente, pero que no son conclusiones necesarias de un razonamiento lógico. Esto prueba, al menos, en contra de lo que piensa Hanson al principio de su artículo, y sólo al principio, que el tema de la razonabilidad de las pruebas de la existencia de Dios no puede ser *exclusivamente* lógico, esto es, no puede circunscribirse *totalmente* al terreno de la argumentación demostrativa.

Según la doctrina casi oficial del neopositivismo, los enunciados son de dos tipos: analíticos y sintéticos. Como el enunciado “Dios existe” no es, a todas luces, una tautología, debe ser forzosamente un enunciado sintético, es decir, un enunciado sobre una cuestión de hecho, un enunciado contingente. Hanson no recuerda en absoluto la teoría de Kant sobre la no positividad del predicado de existencia – la existencia no es un predicado sino una categoría -, de manera que me veré naturalmente forzado a suponer que, efectivamente, “Dios existe”, es un juicio que nos informa acerca del estatuto ontológico de un ente y, además, que su negación no implica en absoluto un contrasentido. Pero adviértase desde ya que la intención de Hanson es plantear, en una segunda parte, el problema de la existencia de Dios en el terreno de los hechos y, en consecuencia, en el de la comprobación empírica. Para afirmar esto, léase y reflexiónese esta frase de Hanson: “hay errores con respecto a los hechos; si el ateísmo o el teísmo están equivocados, es con respecto a *los hechos*”². Un corolario de esta postura es el siguiente: si el tema de la existencia o inexistencia de Dios sólo puede plantearse en el territorio de los hechos, es justo pensar entonces que no habría una aplicación del sentido lógico del principio de razón suficiente, como Hanson creyera en un primer momento. Ni San Anselmo, ni Descartes ni Malcolm podrían informarnos satisfactoriamente sobre esta cuestión.

² Ib. p. 30.

3. Estas consideraciones preliminares me llevan a transcribir un párrafo largo de Hanson, considerado por sus críticos benévolo como un desliz fantasioso, pero que, según pienso, nos instruye sobre cuestiones esenciales: "Todo esto es, dice Hanson, un largo camino para llegar a decir que "Dios existe" es una proposición que, en principio, podría ser establecida y comprobada con hechos; lo que ocurre es que no lo ha sido, al menos no para todos y para cada uno de los hombres. Suponed, sin embargo, que el martes próximo por la mañana, inmediatamente después del desayuno, todos los que vivimos en este mundo somos derribados por un trueno imponente. La nieve se arremolina, las hojas caen de los árboles, la tierra jadea, los edificios se vienen abajo, las torres se desploman, el cielo arde con una pavorosa luz plateada. En este momento, cuando todo el mundo mira hacia arriba, el cielo se abre y entre las nubes aparece una figura como un Zeus radiante e increíblemente inmenso, que se alza por encima de nosotros como cien Everests. Y mira con ojos torvos, mientras los rayos cruzan las facciones de su cara, que parece tallada por Miguel Angel. Entonces me señala -¡a mí!- y exclama para que todos los hombres, mujeres y niños, lo puedan oír: "Ya he tenido suficiente de tus sutilezas lógicas y de tus juegos de palabras en asuntos teológicos. ¡Ten la completísima seguridad, Mr. Hanson, de que yo certísimamente existo!"³.

3.1 Por supuesto, después de esta teofanía apocalíptica, Hanson afirma que se volvería teísta, presumiblemente se arrodillaría y adoraría. Pero dije, anteriormente, que esta fantasía es ilustrativa en varios aspectos. En primer lugar, se trataría, caso de ocurrir, de una presumible observación científica, pues Hanson recurre a la justa cautela popperiana de la contrastación intersubjetiva: no sólo él sería el único observador privilegiado, sino que serían todos los hombres, incluidos las mujeres y los niños. ¿Pero sería realmente una observación totalmente científica? Como el mismo Hanson nos enseñara, en *Patrones de descubrimiento*, se requerirían otros ingredientes

³ Ib. pp. 32-33.

epistemológicos, el principal de los cuales, para mi propósito, sería la incorporación de esta experiencia en una teoría. En efecto, no puede descartarse a priori que aparezca un competente y molesto psicólogo, como Karl Gustav Jung, con su teoría del inconsciente colectivo, que nos informara que “esas cosas que se ven en el cielo” son simplemente las proyecciones de tal inconsciente, gestado durante siglos y puesto en acto de virtud de cualquier fenómeno meteorológico o climatológico. De este modo, la aparición del “Zeus radiante” no sería conclusiva –como pretende Hanson-, no sería una prueba empírica suficiente de la existencia de Dios.

3.2 En segundo lugar, adviértase que en todo esto hay una presuposición filosófica de la mayor importancia: la de la causalidad. En efecto, la creencia en la existencia de Dios sería la consecuencia, el efecto, que resultaría siempre y cuando Éste se apareciera en la forma que Hanson describe. Pero con relación a la causalidad, cabe recordar lo que Bertrand Russell nos enseñara al respecto: el hombre es el único animal que puede inferir la causa a partir del efecto, inclusive en el caso de que la causa sea inobservable de hecho o de derecho. En un tubo de rayos catódicos, de la observación de destellos ultrarrápidos, puedo inferir que los electrones cambian de órbita; y en física, los electrones son inobservables de *iure*, como casi toda la comunidad científica admite. Pero sea de esto lo que fuere, lo cierto es que en la ilustración de Hanson hay una relación causal entre la fantástica aparición de Zeus y la creencia en su existencia. Pero entonces, ¿por qué tomar tan apresuradamente las pruebas de la existencia de Dios que se basan precisamente en la suposición universal de la causalidad? Las dos primeras vías de la *Suma teológica* de Santo Tomás parten de la teoría de las causas final (el movimiento) y eficiente, teoría que desempeña un papel muy importante en la ciencia actual. Si Hanson hubiera reflexionado con coherencia, habría advertido que él está presuponiendo una regla de procedimiento general –la causalidad- y, al mismo tiempo, está prohibiendo que dicha regla pueda ser usada por otros.

3.3 En tercer lugar, afirma Hanson: “El ateo puede oponerse a sus conclusiones (la del teísta) por una serie de razones lógicas tradicionales, especialmente la *petitio principii* y la *ignoratio elenchi*. O la conclusión está incluida en las premisas o no se sigue en absoluto de ellas”⁴. A raíz de esta aseveración muy fuerte, tengo la impresión de que Hanson no ha comprendido bien la naturaleza de la argumentación lógica. En efecto, toda conclusión demostrativa está explícitamente afirmada o negada (*in actu exercito*) en razón de que ya lo está *virtualmente* (*in actu signato*) implicada por las premisas. Así, todos los teoremas del cálculo sentencial no son sino derivaciones necesarias de los cuatro axiomas de *Principia Mathematica*, del mismo modo que todos los teoremas de la aritmética de los números naturales están potencialmente incluidos en los cinco axiomas de Peano. Hanson parece no recordar que los teoremas son *tautologías*, vale decir, repeticiones de lo que ya está dicho en los principios. Si las cosas no sucedieran de este modo, se vendría abajo el concepto de necesidad lógica, y en su derrumbe arrastraría consigo toda la matemática y gran parte de la ciencia factual. De modo, pues, que la *petitio principii* no puede ser un obstáculo lógico a las argumentaciones del teísta.

Pero tampoco la *ignoratio elenchi* debe asustar. Hay muchas pruebas de la existencia de Dios dadas a lo largo de la historia de la filosofía y, en verdad, es muy difícil establecer una tipología entre ellas. Para colmo, Pablo VI, en la encíclica *Ecclesiam suam*, exhorta a los filósofos creyentes a construir nuevas pruebas y a multiplicar el monto de verosimilitud con relación a este tema. Pero las pruebas nunca han pretendido ser concluyentes; sólo han pretendido mostrar que la conclusión, si bien no se sigue con necesidad lógica de las premisas, tiene un alto grado de probabilidad, al punto que negar tal conclusión implicaría en gran medida negar la evidencia de las premisas. ¿Pero hay algún filósofo de primera línea, o un científico que no haya leído a Feyerabend, que esté dispuesto a renunciar a la causalidad

⁴ Ib. p. 36.

eficiente o a la incontrovertible legalidad de los fenómenos en el universo? Fijémonos en la primera prueba física de Santo Tomás, sugerida por Aristóteles: la de la experiencia universal del movimiento. Si éste existe, debe, en última instancia, ser provocado por un Primer Motor; pero si no existe el Primer Motor, por una aplicación sencilla del *modus tollens*, me veo obligado a negar el movimiento, tal como lo hizo Zenón de Elea. ¿Hay algún cosmólogo actual que esté dispuesto a negarlo, a tirar por la borda las teorías de la expansión del universo, del nacimiento y de la muerte de las estrellas, de la transmisión de la luz y del sonido, o de las distintas formas de radiación?

Dice Gilson: "La cuestión queda de todos modos abierta, pues si hubiese pruebas indiscutiblemente concluyentes de la existencia de Dios, como las hay de las verdades geométricas, no habría ateos; y si las hubiese de que Dios no existe, no habría creyentes. Sin embargo, es a quienes afirman a los que incumbe el deber de la prueba; en esa tarea se empeñan con lo mejor de ellos, pero con mucha frecuencia el incrédulo rehúsa escuchar"⁵. En este párrafo, pareciera que Gilson acepta que hay ateos; y, en efecto, los hay, aunque más no sea aquellos que por indolencia o pereza intelectual se comportan como si no hubiera Dios; simplemente, no prestan atención a la metafísica. Con todo, la tesis de Gilson, que no puedo exponer aquí sino sólo enunciar, es que, si bien es cierto que no hay pruebas suficientes de la existencia de Dios desde el punto de vista lógico y científico, hay no obstante una *noción* de Dios, que Descartes creía innata, noción que es previa a todo esfuerzo intelectual para argumentar a favor de la existencia del Ser personal y subsistente. Ahora bien, si la noción, no la prueba, está de hecho en todo hombre, entonces teóricamente no hay ateos. Kant constituiría un magnífico ejemplo de esta inversión del problema: en la primera *Crítica* no duda que puede pensarse en Dios, aunque no habría motivos para conocer su existencia; mas en la *Crítica de la razón práctica*, a la luz de esta noción o idea reguladora de Dios, encontrará que en el dato fáctico del

⁵ *El difícil ateísmo*, Santiago de Chile, Ediciones Universidad Católica de Chile, p.33.

deber moral subyace la necesidad de postular la existencia de Dios. Habría, pues, dos afirmaciones centrales en Kant acerca de esta cuestión: primera, existe la noción precientífica y sólo pensable de Dios; segunda, si la moralidad no carece de fundamento entonces es preciso que Dios exista. Para Gilson no habría ateos, en la medida que esta primera afirmación kantiana es universal: no sé si Dios existe y, para colmo de males, las pruebas que me presentan los filósofos no son concluyentes; pero sí sé que existe en mi espíritu la idea o noción de Dios. Y a esta facticidad hay que darle una respuesta.

De cualquier modo, la conclusión de Hanson es categórica: “ni raciocinio ni experiencia ordinaria consiguen reforzar la postura del teísta. Las deducciones hacen agua y las inducciones no dan resultado”⁶. Pero hay algo en lo que, me parece, Hanson tiene razón. La dinámica interna de la ciencia, que es un conocimiento falible, perfectible, reformulable a la luz de nueva información e, inclusive, cancelable cuando el peso de los contraejemplos aconseja abandonar hipótesis y teorías, exige que no se recurra a Dios y a la voluntad divina como premisa mayor de una explicación científica; si se recurriera a Dios cesaría de inmediato la investigación y la labor de la ciencia. Pero esto sólo indica que el problema de la existencia de Dios no pertenece a la ciencia; es, por el contrario, un tema filosófico con todas las consecuencias que esto implica. Por lo pronto, una consecuencia es la renuncia al tratamiento de un tema metafísico con los recursos del método experimental, puesto que la filosofía no está interesada en resolver problemas sino en mostrar que algunos de éstos son de una complejidad apabullante y que la labor del filósofo es, como afirma Maritain, ahondar y examinar dicha complejidad.

3.4 En cuarto lugar, me resisto, en virtud de lo dicho hasta aquí, a convenir en que la noción de Dios implique una proposición factual y como dice Hanson, contingente. El creyente que, en grado mínimo, ha elaborado racionalmente su fe, no está dispuesto a aceptar que Dios sea un elemento más del universo espacio-temporal. Para

⁶ Hanson: op. cit. p. 39.

el teísta, si Dios existe, no puede formar parte de la naturaleza y, por tanto, no puede consistir en un hecho observable; es una realidad sobrenatural, no un “Zeus radiante” y torvo que pudiera aparecer el próximo martes. Mortimer Adler, en su conferencia “Dios, religión y hombre moderno”, pronunciada en agosto de 1966, resume en tres enunciados lo que vendría a constituir los *essentialia* de la idea de Dios. Tales enunciados son los siguientes: 1. si Dios existe debe ser trascendente, es decir, independiente de mí y del universo de la física; 2. si Dios existe, debe ser necesario, en el sentido de que no sea producto de un antecedente causal; 3. si Dios existe debe ser, por el contrario, causa creadora y conservadora de los hechos contingentes. Esta especie de “residuo fenomenológico” de la idea de Dios, ofrecido por Mortimer Adler, está en un todo de acuerdo con aquello que desde Leibniz se llama *Teodicea*⁷. Ahora bien, ninguno de estos tres *essentialia* está presente en el pensamiento de Hanson. Efectivamente, éste sostiene que Dios, en el caso de existir, sería un hecho del espacio-tiempo, una inmanencia susceptible de ser comprobada empíricamente; sostiene, además, que no es necesario, porque no está implicado por los principios y los algoritmos de la lógica; sostiene, finalmente, que es infecundo en el mismo sentido que son infecundos, óptica y gnoseológicamente, el unicornio, las sirenas o los monstruos de Loch Ness.

Ahora bien, si el residuo fenomenológico de Mortimer Adler es correcto, como es mi convicción, Norewood Russell Hanson está hablando no de Dios, sino de otra cosa. Hanson tendría una muy inadecuada y falsa idea teológica, lo que llevaría a que toda su argumentación, minuciosa y detallada, fuera en el fondo una *metábasis* inconducente. Sucedería algo así como si un filósofo argumentara contra la existencia de los números imaginarios sobre la base de la mera y exclusiva afirmación de que jamás ha visto uno. Es necesario, no sólo en ciencia sino también en filosofía, un cierto *acuerdo semántico*, pues de lo contrario se caería, como en el caso de Hanson, en aquella falacia que los lógicos llaman “de la conclusión inatingente”.

⁷ Cf. Gilson: op. cit. pp. 25-26.